

Buena hasta el día después de año nuevo, en que cobró el premio.

Al saber «Paquillo» la suerte de su amigo, cantó y bailó de gozo y se las prometió felices, pues siendo rico su compañero y teniendo en cuenta el rumbo de que hacía alarde, aquel dinero casi lo miraba como suyo.

La tarde en que el «Niño del milagro» cobró el premio, no se apartó de su lado «Paquillo» y cuando ya iba á separarse le dijo:

—Oye tú, «Niño» jame el faró de prestarle un duro, pa una necesidad perentoria.

—Lo siento, pero no púe ser, replicó su amigo.

—¿Cómo que no púe ser! ¡Con esas salinos! ¿No has dicho tú siempre que un duro que tuvieras era pa tus amigos?

—Y es verdad! ¡Y lo igo y lo repetiré! ¿Entonces, por qué no me das ese duro?

—¿Tonio! ¡Porque me han pagao toito el premio en pesetas!

NARCISO DIAZ DE ESCOBAR.

Sobre la decadencia de la raza latina.

Dicen por ahí que las gentes ó naciones de raza latina estamos en la mayor decadencia, y que el predominio, la hegemonía ó el principado es en el porvenir, cuando no ya desde ahora para las gentes ó naciones de raza germánica. Declaro que no entiendo bien nada de esto. Lo primero que no acierto á distinguir es quiénes son los germanos y quiénes son los latinos. Los ingleses, por ejemplo, forman ó componen en el día una de las más poderosas naciones del mundo. Pero ¿por qué hemes de calificarlos de germánicos?

No hay más fundamento para llamarlos anglo-sajones, que para apellidar francos á los franceses y á los españoles visigodos, alanos ó suevos. Tan germánicos fueron los visigodos como los francos, los anglos y los sajones. Hasta los propios habitantes de Italia, donde están Roma y el Lacio, pueden, en vez de ser llamados latinos, ser llamados ostrogodos, si se nos antoja, con la misma razón con que llamamos anglo-sajones á los ingleses.

En mi sentir, los idiomas también repugnan no poco el declive entre germanos y latinos. Tal vez si ajustásemos la cuenta de las palabras germánicas y de las palabras latinas que hay en el idioma inglés, resultaría doble ó triple el número de las palabras latinas.

Admitamos, no obstante, la separación que vulgarmente se hace en los pueblos de Europa y de los que proceden de ellos y viven hoy independientes en América y en otras partes del mundo, y llamémoslos latinos á los unos y germánicos á los otros. Todavía me consuelo yo, me animo y no veo clara la decadencia. ¿Dónde está la de Italia, que ha logrado en nuestros días un anhelo de unidad que parecía inasequible y por el que pugnaba en balde desde los tiempos del rey bárbaro Teodorico? ¿Por qué ha de calificarse de decadente la nación y la raza que ha producido en nuestra edad grandes capitanes como Napoleón Bonaparte, políticos como Cavour; valientes patriotas como Garibaldi; artistas como Rossini, Canova, Terani y Verdi, y filósofos, sabios y poetas como Parini, Alfieri, Foscolo, Leopardi, Balbo, Mamiani, Rosmini, Galuppi, Monti, Gioberti, Manzoni, Vera, Tosti, Secchi, Carducci y otros ciento?

La supuesta decadencia de los franceses está, si cabe, menos justificada. Aunque por las armas hayan sido vencidos últimamente, vencedores fueron en todas partes con el primer Napoleón, con la restauración conquistaron la Argelia, y con Napoleón III triunfaron de

los rusos en Crimea y de los austriacos en Lombardía.

El pueblo francés sigue siendo además uno de los más industrioses y ricos de la tierra. Sus modas se imponen, su literatura se estudia, se admira, y se imita por donde quiera. Y Francia, fecundísima en ingenios, da pasto espiritual á las demás naciones, que se deleitan y regalan con sus libros, apellan á imitarlos, como corporalmente, y aspirando á la elegancia y al refinamiento, procuran vestirse de telas y con modistas francesas, beber los vinos de Francia y hasta condimentar y sazonar sus alimentos, según las invenciones y preceptos de la francesa cocina.

Infiero de lo dicho que ni en Francia, ni en Italia, se nota la decadencia de la raza latina.

Parte de esta raza, lejos de caer, ha surgido recientemente á nueva vida y como resucitado. Hablo de los pueblos de Rumania que han sacudido el yugo de los turcos, que se han constituido en nación independiente y que, lejos de caer, adelantan y prosperan.

¿Dónde están, pues, los latinos decaídos? Evidentemente, ó no los hay. ó los decaídos somos nosotros los hijos de España, de Portugal y de las 17 ó 18 repúblicas que fueron colonias en más dichosos días, fundadas por portugueses y españoles.

Yo no he de negar que nosotros los habitantes de España estamos muy abatidos y postrados. Nuestras derrotas en la guerra con los Estados Unidos nos han dejado muy pocos airosos. Por aquí se había mucho de regeneración. Y lo que es yo, si la regeneración es posible, creo que debe fundarse en algo que se parezca á la determinación que tomó *D. Quijote* cuando le venció el *Caballero de la Blanca Luna* en la plaza de Barcelona. Si *D. Quijote* quiso hacerse pastor, nosotros, sin pensar ni remotamente en el desquite, tratando de tener poquisimo ejército y no construyendo en medio siglo un solo buque de guerra, debemos dedicarnos á la industria, á la agricultura y al comercio, para volver á ser ricos, lo cual es hoy más que nunca el fundamento y el nervio del poder militar, y lo cual inspira valor y confianza en la fuerza propia.

Entretanto, para distraernos y consolarnos, y á fin de que nuestro espíritu no se duerma, ni se amodorre, y dé muestras de sí, no como espada llana de herruñera, sino como acero acicalado, debemos dedicarnos con más afán que nunca á las ciencias, á las letras y á las artes.

Para ellas ha tenido España hasta hoy más gloriosa vida de lo que vulgarmente se cree. En la civilización del linaje humano y en la recta dirección de sus altos destinos, España ha tenido hasta hoy parte más principal de la que le atribuyen las naciones del Norte, por la boca, ó por la pluma, de sus populares escritores. Y no porque los Estados Unidos hayan tenido más barcos, más fuertes corazas en ellos, mejores cañones y más certera puntería, hemos de creer que todo se acabó para nosotros, hemos de ponernos á la zaga de los otros pueblos, ó hemos de considerarnos como muertos y punto menos que enterrados.

Tratemos de afirmar aun que la raza española no está decadente, ni va á su ruina, y llamémosla raza ibérica, á fin de comprender el Portugal y el Brasil, por más que en los mejores tiempos de Portugal, reinando D. Juan II el *Perfecto* y D. Manuel el *Dichoso*, se oмпlacían los portugueses en llamarse españoles. Así tendremos que esta raza se extiende y domina aún sobre vastísimo territorio, forma un conjunto de veinte estados independientes y cuenta un número de almas que, sin exageración, puede estimarse en setenta millones.

Infútil y hasta peligroso sería, sin embargo, que estos pueblos iberos, españoles, hispano-parlantes, ó como que

ramos apellidarlos, piensen en alianzas políticas y proyecten confederaciones. Por ahora, y por mucho tiempo aun en el porvenir, la paz inerte y el modesto sosiego deben ser nuestra mejor garantía y nuestro más firme escudo contra la ambición y la codicia de las grandes potencias preponderantes en el mundo. Pero desechando tan disparatados sueños, justo y razonable es olvidar antiguos rencores y mutuas quejas y estrechar los lazos de nuestro fraternal afecto, con el trato más íntimo y frecuente y con el conocimiento y cambio de nuestras producciones, sobre todo intelectuales.

JUAN VALERA.

EL FIN DEL MUNDO

Los comienzos del siglo XX tienen mucha analogía con los últimos años del siglo X.

Creíase entonces, por todas las clases sociales, que el mundo tocaba á su término, y muchas se preparaban para la otra vida cediendo sus propiedades á la iglesia, y dedicándose á ejercicios de penitencia.

Hoy también se habla del fin del mundo, aunque no con tanta credulidad como en tiempos pasados, con motivo de la aparición del cometa de Gambert ó de Biela, acontecimiento que da ocasión á las presentes líneas.

En todas las épocas han producido sensación inmensa los fenómenos que han tenido por escena los espacios del firmamento.

Los pueblos han mirado siempre sobrecogidos los eclipses del sol y de la luna, el paso de los cometas, estrellas errantes, lluvias de estrellas y aurora boreal, etc.

Los sabios de todos los tiempos han dirigido sus esfuerzos á la investigación de las causas de tales fenómenos; pero las muchedumbres incultas, dando rienda suelta á la imaginación, han visto en ellos guerras, enfermedades, inundaciones y terremotos, todo género de calamidades.

Algo se ha mejorado en la cultura de los pueblos, pero no lo suficiente para que en todas partes se contemplen sin espasmos ó temores tales fenómenos.

Con motivo de la próxima aparición en la atmósfera de la tierra, del cometa de Gambert ó de Biela, por atravesar la órbita que nuestro planeta describe en su movimiento de traslación, daremos algunas indicaciones de lo que son estos fenómenos.

No habrá nadie que haya dejado de presenciar durante la noche, sobre todo, el correr de las estrellas, unas ahora, otras luego, y en ocasiones gran número, hasta constituir lo que se llama lluvia de estrellas.

Una noche de verano del año 1872, los habitantes de pequeño pueblo situado en las Alpujarras se vieron sorprendidos por una de estas lluvias. El paso de las estrellas era de Este á Noroeste. Algunas parecían dirigirse hacia nosotros, y de pronto desaparecían. Duró el fenómeno más de quince minutos, desapareciendo gradualmente: su causa fué la aparición del cometa de Biel.

Estas lluvias de estrellas se verifican con alguna frecuencia, y lo mismo en verano que en invierno. Si en esta última estación no se ven tan á menudo se debe á los vapores acuosos que en forma de nubes cubren el horizonte.

Sus causas son las siguientes: incalculable número de cuerpos planetarios circulan alrededor del sol, y sus órbitas se cruzan con la que describe la tierra en su movimiento anual. Llegado el día y la hora en que la tierra cruza la órbita de esos cuerpos, gran número de los mismos, atraídos por nuestro globo, por su mayor volumen, penetran en su atmósfera, á cuyo contacto se hacen incandescentes, convirtiéndose unos en pavesas, que desaparecen, y otros, los

aerolitos, vienen á nuestro alcance y podemos someterlos al análisis.

El sabio Falp emite una opinión respecto al mundo sideral, que pone en un brete á las almas tímidas.

Todos los cuerpos celestes, dice el sabio, obedeciendo la fuerza de atracción, mayor que la tangencial, caerán un día sobre el sol. Los millones de astros que componen la vía láctea, poco á poco perderán su velocidad de rotación y serán solicitados por la gravitación solar, que irá en aumento y llegará un día en que se confundan en abrazo suicida formando un sol de inmensas dimensiones.

Acumulados todos los sistemas al solar, la atracción de éste crecerá proporcionalmente á su volumen; pero esta acumulación no puede ser eterna, y, reunidas las masas por acumulación, en un solo cuerpo, la totalidad del calorífico de éste será igual á la que existía antes de la formación del universo. La nebulosa primitiva, origen del mundo, habrá vuelto á formarse.

Mas, como el calor se va perdiendo poco á poco, por la irradiación, al contraerse la materia de formación, se formarán centros de enfriamiento y en ellos nebulosas parciales, origen de nuevos astros y nuevos soles y nuevos mundos, es decir, la eterna circulación.

La etapa que presenciámos, que consta y aun constará de miríadas de siglos, ¿será la primera ó la última? ¿Terminará aquí el mundo?

¿Hay quien conteste?

A. GALLARDO Y MARTÍNEZ.

Lo que dice la ciencia positiva

La tranquila cátedra del Instituto de Sociología, transformada en un momento, merced á la pasión política en «Tribuna de las arengas», ha sido elegida por el sabio profesor de la Universidad Central señor Sales y Ferré, para pronunciar una de esas notables disertaciones que tan alta autoridad le han grangeado en el mundo intelectual, bien que comenzada con el reposo y la mesura propias de la labor científica, se haya convertido al inducir las conclusiones de su doctrina, en una tremenda catilinaria contra lo que estima ser el ideal de la sociedad española y contra el régimen político existente que á su decir lo mantiene.

Concepto y medida de la civilización ha sido el tema desarrollado en el discurso, formulando el señor Sales y Ferré, con ocasión del mismo, una nueva teoría acerca de la evolución de los organismos individuales, considerándolos por ende sujetos á la eterna ley biológica, según la cual, los individuos nacen, florecen y mueren, recorriendo fatal y necesariamente el ciclo de su evolución.

Como tales organismos vivos, los pueblos nacen, viven y mueren como los demás seres, sin que después de realizado su ideal y haber decaído una sociedad, haya ejemplo de haberse capacitado para emprender una nueva evolución. Tal es la doctrina sumariamente expuesta.

La tendencia de la escuela positivista —*alma mater* de la ciencia sociológica,— á someter los fenómenos sociales á leyes naturales, no es nueva. Hace cuarenta años, Buckle, el célebre autor de la *Historia de la civilización en Inglaterra*, formulaba la singular doctrina que pretendía inducir de los hechos, mediante la cual, los fenómenos sociales, obedecen como los fenómenos físicos, á leyes preestablecidas, fijas é inmutables, buscando la confirmación de su aventurada hipótesis, en la evolución histórica de varios pueblos venidos á decadencia, entre otros, España, cuya historia desde la caída del Imperio romano hasta la época contemporánea recorre, para afirmar como resultado de sus investigaciones, que el sentimiento religioso de los españoles convertido en fanatismo y su adhesión á la monarquía, degenerando en servilismo, habían pervertido las grandes cualidades de la raza, haciendo de España, merced á la íntima unión de la Iglesia y el